

Bô Yin Râ

**SOBRE
MIS
ESCRITOS**

Revisado en 2019

Título del original alemán: «Über meine Schriften»

Traducción al español:

Carlos Morató & Eduardo Sanchez de la Fuente,
Montevideo, año 1984,

sobre la no modificada versión del año 1930,
editada por Kober Verlag AG, Berna – Suiza.

Revisión con respecto al original alemán:

Jan A. Schymura

Todos los derechos reservados.

Ya que existieron en todas las épocas hombres que con una fe verdaderamente admirable en si mismos y en la infalibilidad de sus visiones, procuraban imponer a los demás la pretendida «verdad» y que siempre existieron personas codiciosas del poder, que especulaban con la credulidad dócil de las almas piadosas, - sabe todo aquel que conoce el deseo humano de sobrevolar los muros, que son, debido a los sentidos físicos, infranqueables.

Pese a ello, no habría que abstenerse de examinar siempre nuevamente las comunicaciones sobre experiencias humanas en los dominios que se elevan por encima de las cosas terrestres. Esta atención ya sería ampliamente recompensada, si sobre mil errores y sobre mil manifestaciones de un simple deseo de autoridad, se hallara una sola ojeada sobre la *realidad* que sobrepasa nuestros sentidos terrestres.

Me hallo en la situación poco envidiable de deber exigir un parecido atento examen sobre mis propios artículos.

No se trata en ellos de una «concepción del mundo», sino de la comunicación de mis *experiencias* que pueden hallar su lugar en *toda* forma de convicciones religiosas, en tanto que la *posibilidad* de una experiencia que rebasa el dominio terrestre, no sea negada a priori.

Conozco a fondo las buenas razones de una actitud escéptica ante mi afirmación relativa a la posibilidad de semejantes experiencias. No niego, pues, por cierto a ningún ser humano el derecho de abordar con extrema *prudencia* y con toda clase de *dudas*, las exposiciones dadas en mis libros sobre la realidad espiritual que nos sostiene a todos.

Tengo a mi vez el derecho de aguardar que la exposición de mis experiencias espirituales no sea clasificada desconsideradamente en una categoría de manifestaciones humanas que es, a mis ojos por lo menos, tan fatal y tan poco digna de fe como puede serlo a los ojos del escéptico el más endurecido de mis lectores.

Debo además señalar que en todos mis escritos siempre hay que distinguir entre dos géneros de comunicaciones, totalmente diferentes uno del otro:

- uno se remite a lo que he reconocido evidente como bien experimental accesible a *todos* los hombres, aunque la extensión y profundidad de la experiencia posible dependen siempre de la aptitud individual,
- la otra concerniente a las comunicaciones que, provenientes de una forma de experiencia particular, solo a mi abierta, son únicamente hechas en la medida en que ellas son posibles y necesarias.

En mis libros solo hablo de cosas que forman parte de mi *propia experiencia*.

Es por ello que algunas veces he estado obligado a rendir también cuenta de la *manera* y de la *forma* cómo las he vivido.

En los escritos de un botánico, por ejemplo, no se trata por cierto en primera línea, de la vida individual del sabio en la comarca que le suministra sus materiales de estudio, sino del enriquecimiento de su ciencia particular. Quiero, asimismo que todo lo que en mis libros tiene traza de una experiencia individual, no accesible a todos, sea únicamente considerado como suplemento de explicación. Solo me interesa que mis lectores se apropien de lo que procura favorecer su facultad de experiencias *personales* en el dominio del trasfondo del ser humano.

Quienquiera se haya familiarizado con mi forma de expresión y deje luego penetrar las palabras y las sílabas en el fondo de si mismo, recibirá del trasfondo de si mismo aquello que necesita.

¡Nada sería más erróneo que querer llevar su interés sobre mí, como autor de una comunicación, en lugar de concentrarlo sobre la *comunicación* misma!

Debe insistirse aquí sobre el hecho de que me rehusó categóricamente al querer llamar a la vida un nuevo «movimiento espiritual», por ejemplo, o una nueva forma de religión.

La humanidad dispone actualmente de una gran opción de comunidades religiosas, y cada uno, según su mentalidad, puede elegir las formas que respondan a su necesidad de adoración de lo divino.

¡No tenemos necesidad, por cierto, de una «nueva religión», y aún menos de formar nuevas sectas!

Lo que, por el contrario, es más que necesario, es el despertar de las fuerzas vivas espirituales, que el hombre de la Tierra aún puede hallar hoy en si mismo, exactamente como las han hallado en si mismos estos antepasados que se agruparon como primeros fieles alrededor de los símbolos religiosos, vueltos ahora milenarios.

Lo que en nuestros días parece «anticuado» o «prescrito» a tanta gente, no es más que el *comienzo* de sus reales efectos espirituales. Si los antiguos antecedentes no parecen más «conformes» al tiempo presente, ello no es justo sino en el sentido de que se carece de la unidad de medida para la altura y profundidad de la verdad oculta. Los fieles podrían hallarla en los símbolos religiosos tradicionales, si no requirieran una fe en *palabras*, allí donde toda «palabra» solo puede ser comprendida como *símbolo* . . .

Sin duda, las comunicaciones de mis libros están destinadas en primera línea a personas que buscaron en vano una verdadera unión con Dios en las formas religiosas tradicionales, y que sienten, no obstante, en ellos la necesidad de poner su vida al unísono con la eterna fuente de vida presentida.

Además las mismas comunicaciones del dominio de experiencia de la realidad eterna quieren también alcanzar a las personas que, permaneciendo en las venerables formas de las tradiciones religiosas, caen de un caso de conciencia en otro porque una sujeción convencional a las palabras les impide liberar las fuerzas eternas del alma, que debían originalmente estar despiertas y liberadas por la asimilación de los símbolos de la fe.

Mis comunicaciones sobre la experiencia espiritual no deben volver «superfluas» las viejas formas religiosas de la verdad eterna, sino permitir hacer nuevamente accesible a la conciencia su *contenido* precioso.

Es también cierto hallar ese contenido oculto como es cierto cometer un funesto error el creer necesario formar una nueva comunidad para develar al sentido interno lo que está oculto.

De este modo uno se expone al considerable peligro de perder definitivamente un real bien de sabiduría que se poseía sin reconocerlo, para cambiar luego contra semejante pérdida los ídolos más dudosos que jamás cerebros divagantes se hayan creado.

En todo tiempo hubo ejemplos numerosos que lo confirmaban, y, si se investiga en nuestros días, no es necesario ir muy lejos.

Él que quiere hallar la verdad eterna en los símbolos de la forma religiosa en que ha nacido, debe, en confianza atenerse a esos símbolos hasta que ellos se develen a él.

Lo que he consignado en mis escritos no le está destinado en *todos* los puntos, - pero podrá apropiarse muchas cosas aunque se vea obligado a «traducir» la forma de expresión de mis comunicaciones en la forma habitual de su doctrina religiosa.

Descubrirá suficientes palabras para vivificar de nuevo su voluntad de fe, y si estaba reducido a buscar la conquista de la fe en una lucha contra dudas abrumadoras, mis comunicaciones le permitirán volver a hallar la certeza interior.

Si aun *no* se estuviera más dispuesto a confiarse a una dirección religiosa, más de una doctrina precedentemente oscurecida recomenzará a brillar en el antiguo bien religioso, de suerte que penetrará en el alma, aun sin lazo con una forma confesional terrestre.

¡Lo que tengo que comunicar se ubica *más allá de las creencias y de sus negaciones!*

Cada forma de religión tiene sus apologistas, y cada apología tiene sus adversarios.

No existe pérdida de tiempo más estéril que la querrela alrededor de opiniones religiosas.

Por ello nada está más lejos de mí que la insensata intención de querer servir de apoyo a una creencia o a una negación de cualquier creencia.

Toca al lector de mis libros comprobar cómo lo que tengo que decirle puede hallar sitio en su «concepción del mundo», pero no debe acercarse a mis escritos cometiendo el error de creerme al servicio de cualquier forma religiosa o de sus adversarias.

Aunque intento hacer justicia a todos los dominios de experiencia humana, puede, no obstante, hablarse de un contenido esencial de mis libros, que acaso podría resumirse por la fórmula siguiente:

Comunico mi conocimiento experimental de las raíces del hombre terrestre en una esfera de fuerzas «espirituales» *sustanciales*, que es inaccesible a los sentidos físicos, siendo solamente comprensible de una manera «sensible» por los sentidos *espirituales*, esfera en la cual la conciencia individual del hombre *puede* despertar ya durante esta vida corporal terrestre, - pero en la que despertará inevitablemente desde el final de la existencia de sus sentidos físicos.

Comunico mi conocimiento experimental de la jerarquía de ayudantes espirituales individuales, que emana del corazón mismo de la esfera de las fuerzas espirituales, que desciende hasta la humanidad de este planeta y que se manifiesta en él por ciertos hombres preparados para este rol desde antes de su nacimiento terrestre.

Comunico mi conocimiento experimental relativo a la posibilidad de entrar en conexión espiritual con esta jerarquía, y muestro el camino a seguir para acceder a ella.

Finalmente, comunico de qué manera he adquirido la experiencia que me era accesible y por qué yo *debía* llegar hasta ella.

Las *denominaciones* de que me sirvo habitualmente para hablar de mi conocimiento experimental de la «esfera de las fuerzas espirituales» y de su «corazón» y de los miembros de la «jerarquía espiritual» que emana de ella, no han salido de una convención de lenguaje arbitraria, sino que corresponden a la forma de expresión común sobre la tierra, a todos los miembros de esta jerarquía.

Esto no excluye, no obstante, quienquiera asimile mis comunicaciones, pueda transcribir estas denominaciones al lenguaje que le convenga o le resulte querido, poco importa que elija sus palabras en el vocabulario de la forma religiosa en que ha nacido, o que él se cree por sí mismo sus propias denominaciones.

Se trata, únicamente de que sienta la *realidad* espiritual indicada por mis denominaciones.

Si se quisiera atenerse a un lenguaje religioso determinado, se tiene derecho a decir que doy conocimiento de los «*hechos redentores*». - Sé, no obstante, que los «hechos redentores» son no solamente hechos sobrevenidos *una sola vez*, sino que constituyen un acontecimiento *perpetuo*.

Tengo conciencia de no haber podido alcanzar la misma claridad de expresión ni en todos los pasajes de mis comunicaciones, ni en todos los momentos de su redacción, pero el lector que solo busca el *fondo de verdad* en lo que digo, aprenderá, por cierto rápidamente a reconocer cómo deben ser comprendidas mis palabras.

La forma del lenguaje es asunto de perfeccionamiento humano sobre el plano terrestre. A lo sumo, en la medida en que mis comunicaciones se remiten a lo que solo puede ser reconocido de una manera interior y espiritual, se trata de cosas apenas traducibles por palabras.

No es para mí una «necesidad» sino un *deber* irrecusable el comunicar a los hombres mi experiencia espiritual. Debo aquí admitir que, en verdad, el cumplimiento de este deber no me ha sido fácil desde el comienzo.

No obstante, consumada la redacción, mi deber se encuentra llenado, de modo que cedo de buena voluntad a intervenciones espirituales *más elevadas* el cuidado de depositar la semilla ofrecida en un terreno propicio a fin de que produzca frutos de vida por todas partes donde ello pueda ser posible.

Compruebo sin duda con júbilo que más de un grano ya ha germinado, pero este júbilo no se manifiesta en mí sino por el hecho de sentir el acontecimiento espiritual que me había sido otorgado de servir aquí sobre la Tierra.

Por el contrario siempre experimento una penosa impresión cuando con buena intención, algunos de mis lectores me aseguran que nada los desviaría más de lo que ellos han recibido de mí.

A través de tales palabras percibo una promesa de lealtad que no espero ni puedo aprobar, pues el que ha comprendido verdaderamente lo que mis comunicaciones quieren darle, sabe que le basta

con ser leal *a si mismo* para estar asegurado en adelante contra todo error, y para hallarse al abrigo *en su Dios Viviente*.

No debe «creerse» sino asimilar objetivamente lo que transmiten mis escritos, a fin de poder provocar el despertar de la experiencia personal más íntima.

No soy ni un profeta que necesita «discípulos», - ni un agitador preocupado por «partidarios», - sino un transmisor de visiones espirituales sobre la patria eterna del ser humano.

A aquel que quiere confiarse a mi dirección, no le atraigo a mí, pero le conduzco hacia su fuente de vida eterna más íntima, la que, por experiencia me está presente en todos los momentos, porque yo mismo me he vuelto consciente en ella.

Que el lector de mis libros no se detenga en el aspecto desacostumbrado de tales comunicaciones, hasta que el empleo de las indicaciones dadas le permita llegar por si mismo a la comprensión de su naturaleza eterna y, por ella misma llegar a la certeza por su propio juicio.

¡Entonces, mis palabras solo le serán *confirmaciones* de su *propia experiencia*!

*